



Año 2, N° 35

# La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana



Domingo 30 de Mayo de 2004

## La Lectura

Hechos 2:1-21

Hoy celebramos una de las fiestas más importantes de la Iglesia: *Pentecostés*. Literalmente quiere decir 'quincuagésimo', es decir, el día número cincuenta después de la Pascua (y diez días después de la Ascensión) y recuerda la *venida del Espíritu Santo* con señales portentosas y el comienzo de la misión de testimonio de los Apóstoles y discípulos de Jesús. Esto es fundamental, pues es el Espíritu Santo el que impulsa y guía la misión de la Iglesia.

Esta fiesta está ligada al calendario litúrgico hebreo, pues los primeros discípulos eran judíos comprometidos con su fe y que se consideraban en continuidad con la antigua fe de Israel. En el pueblo de Israel, éste era el tiempo de la *Fiesta de las Semanas* o de las *Cosechas*, y era una de las tres importantes fiestas de peregrinación a Jerusalén. Esto explica, en parte, la presencia de gente venida desde diferentes países para celebrar dicha fiesta. Esta celebración está relacionada también con el ciclo agrícola (en la primavera del norte) y el elemento característico de su ritual es la ofrenda de las primicias. Así, Jerusalén estaba lleno de gente de distintos lugares y que hablaban en diferentes lenguas. Es como si nos juntásemos para celebrar una fiesta con rusos, alemanes, ingleses, etíopes y chinos, todos juntos en un mismo lugar y por un mismo fin. Ése es el momento que Dios eligió para que su Palabra se esparciera por el mundo a través de los apóstoles, quienes por obra del Espíritu, hablaban y todo el mundo les entendía, a pesar de hablar en otros idiomas. Con esto se logró la conversión de muchos en ese día, lo cual marcó el comienzo de la misión cristiana, que nosotros continuamos hasta el día de hoy.

Pero, ¿qué es lo que ocurre realmente en este día tan especial? Los discípulos quedan *llenos del Espíritu Santo* y a partir de ese momento comienzan a hablar en distintas lenguas. La multitud se congrega al escuchar el ruido y queda sorprendida porque cada uno (gente de diferentes partes del mundo conocido) los escucha hablar en su propia lengua. Este acontecimiento magnífico donde se manifiesta el poder de Dios, invierte el sentido del relato de Gn 11:1-9 (la torre de Babel). En ese relato del Génesis el pueblo queda confundido y se dispersa por buscar su gloria personal queriendo llegar al cielo por sus propias fuerzas. En la fiesta de Pentecostés, el Espíritu de Dios supera esas barreras humanas y permite que todos escuchemos el mismo y único mensaje de Salvación en Cristo. Apenas los discípulos recibieron el Espíritu Santo, como nosotros en nuestro bautismo, comenzaron a proclamar el Evangelio de forma tal que todos

podían entenderlos. Y esto no era su obra, sino la del Espíritu que recibieron. El Espíritu Santo es el que anuncia el inmenso amor de Dios y elige hacerlo a través de nosotros, los cristianos, los que seguimos a Jesús. El Espíritu nos impulsa, nos da los dones necesarios, nos permite vivir en comunión con Dios y nuestros hermanos, fortaleciendo nuestra fe en cada momento. Nuestra función en esta misión de anunciar el amor de Dios, es la de ser instrumentos útiles y dóciles a la voluntad divina, para que seamos transmisores de la fe en Jesucristo con palabras y obras. Los primeros discípulos se dejaron guiar por el Espíritu y se transformaron en verdaderos 'altavoces' de Dios. Ellos no tenían gran formación teológica ni habían estudiado otros idiomas; pero experimentaron verdaderamente el amor de Dios y esto les permitió someter su voluntad egoísta a los designios de Dios. Se entregaron a Dios y Dios los dirigió. ¿Podremos hacer nosotros lo mismo? ¿Dejar a un lado nuestra propia voluntad y permitir que Dios dirija nuestra vida de tal forma que podamos hablar en el 'idioma' de la gente que nos rodea para transmitir así el amor de Dios? El Espíritu de Dios es poderoso, nosotros sólo necesitamos dejarlo actuar en nuestras vidas para que Dios dé la fe a más gente a través de nuestro testimonio.

## La Actividad

### El Espíritu de Dios

#### Objetivo

Descubrir juntos cómo actúa el Espíritu Santo en nosotros y cómo podemos dejar que hable por nuestra boca.

#### Materiales

Globos inflados (optativo).

#### Acción

Preparar el lugar de encuentro como para una fiesta, ¡¡hoy celebramos la fiesta del comienzo de nuestra Iglesia!! Ésa ya es una buena razón para que todos juntos celebremos. Comenzamos el encuentro leyendo el texto de Hechos 2:1-4 (dependiendo de la edad de los chicos, seguimos con el texto completo). A partir de esto, charlamos sobre el Espíritu Santo y lo que sabemos de Él. Para explicar de manera concreta, podemos salir con los chicos a un lugar donde haya árboles, pasto o flores, y sentir el viento. Si no podemos salir, les pedimos a cada uno que agarre un globo y lo deje suelto en el lugar, observando cómo se mueve. Luego nos reunimos y hablamos sobre: ¿cómo sabemos que existe el viento? No lo vemos, tampoco podemos guardarlo, sin embargo, sabemos que existe porque lo sentimos. Nosotros no vemos a Dios, tampoco podemos guardarlo celosamente sin dejarlo salir, sin embargo, podemos sentir y ver al Espíritu Santo actuar. ¿Qué hacemos como iglesia para ser señal de acción de Dios? ¿Cómo y cuándo vemos al Espíritu Santo actuando entre nosotros? Ahí es donde relacionamos con el tema de la lengua. A través de nuestra boca, el Espíritu Santo puede manifestarse. Como cristianos estamos (o deberíamos estar) a su servicio, comunicando a las demás personas las bondades de Dios... ¿dejamos que nuestra boca hable así? ¿Cómo comunicamos esto? ¿Cómo hablamos? ¿De qué hablamos la mayor parte del tiempo?

Podemos finalizar pensando de qué manera podemos hacer para que el Espíritu hable a través nuestro y nos lleve a realizar una buena misión y a comunicar el verdadero mensaje de salvación.



## Tenemos presente que...

### Deuteronomio

El título en hebreo del quinto libro del Pentateuco es *ha-debharim* (“las palabras”). La Septuaginta (traducción griega de la Biblia) lo llamó Deuteronomio, una palabra de origen griego para «segunda ley». No para entenderla como una ley diferente de la “primera” (la de Moisés), sino como una repetición y aclaración de ésta. Este libro no es sólo un código de leyes, sino, una exhortación destinada a «recordar» a Israel la enseñanza y las exigencias de la Alianza.

El libro adopta la forma de testamento de Moisés, que ha conducido al pueblo hasta allí. A la vista de la tierra prometida, quiere darle las últimas recomendaciones para una vida feliz en ella y quiere grabarlas con fuego en sus mentes y corazones, para que se mantengan fieles al compromiso de la Alianza firmada anteriormente por sus padres. Por esto, los reyes y jueces han de regir al pueblo (cap. 17:8), como cada uno de ellos (cap. 27:1), cumpliendo fielmente la Ley si quieren gozar de paz y llegar a la salvación.

Con esta nueva lectura de la Ley, Dios quiere dar a entender que su Alianza con Israel se dirige a todas las generaciones (cap. 29:13), tanto a la que ahora está presente como a todas las futuras, puesto que su Alianza es para siempre. Para recuerdo eterno de todas las generaciones, una vez que pasen el Jordán, han de esculpir la Ley en piedra, como símbolo de fidelidad a Yahveh, nuestro Señor.

Podemos extraer dos principios básicos del núcleo del Deuteronomio (cap. 6: 4-9): el monoteísmo que ha de vivir Israel, es decir, la fe en el único Dios verdadero, y su obligación de amarlo con todo el corazón y sobre todas las cosas.

En los capítulos 29 al 34 encontramos una clara y animada exhortación a la obediencia y fidelidad de Yahveh. Lo que Dios ocultó a sus padres, ahora se lo revela a ellos y a sus hijos, a todos sus descendientes; no sólo a los de la carne, sino, también a los del espíritu: también a nosotros. No será, por tanto, el temor a los castigos que puedan venir lo que debe mover a amar a Dios, sino la gratitud filial por tanta gracia recibida, esto hará a los seres humanos dóciles y obedientes a sus mandamientos.

En ningún otro libro del Antiguo Testamento, se respira una atmósfera de

devoción tan generosa hacia Dios y de benevolencia tan magnánima hacia el ser humano; en ningún otro libro está expresado el deber y sus motivos con tanta profundidad de sentimientos no con mayor elocuencia o fuerza persuasiva; en ningún otro aparecen con tanta riqueza de detalles de los principios que pueden ponerse al servicio del prójimo en orden de elevar y perfeccionar su vida.

El lenguaje del libro es solemne, pero al mismo tiempo directo, cálido y preocupado por suscitar una incondicional fidelidad al Señor. Es un estilo que quiere hablar sobre todo al corazón. El Dios que aquí se manifiesta, no es una divinidad fría y distante, sino el Dios misericordioso que está cerca de su pueblo y le revela su Ley, porque lo ama. De esta manera, el Deuteronomio marca un punto decisivo en el camino hacia la revelación definitiva de Dios en el Nuevo Testamento, donde Juan afirma: Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él (Jn. 4:16).

*«Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Incúlcalas a tus hijos, y háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas de viaje, al acostarte y al levantarte. Átalas a tu mano como signo, y que estén como una marca sobre tu frente. Escríbelas en las puertas de tu casa y en sus postes.» (Dt. 6:4-9)*



El comentario sobre el libro está basado principalmente en la Biblia “El libro del Pueblo de Dios”, la Biblia “Reina Valera”, el libro “La Biblia: Los autores, los libros, el mensaje” y el libro “Qué dice la Biblia”.

Les recordamos que pueden encontrar este número de La Página Semanal, así como los anteriores, en la página Web de la IELU [www.ielu.org](http://www.ielu.org) . En la barra del costado izquierdo pueden ingresar al link llamado [Catequisis](#) y encontrarlos.

